



ACTO III

Cuadro I

Cristóbal de Olid, enviado a conquistar las Hibueras, se ha rebelado. Cortés, que ha echado en olvido su propio alzamiento contra Diego Velásquez, confió a Las Casas el mando de grandes tropas para someter al rebelde. Tanto le pesa la insubordinación de su antiguo teniente, que pronto hace gigantescos aprestos y marcha a debelarlo al frente de sus mesnadas. Después de fabulosas fatigas, la expedición ha hecho alto en Teotilaé, de la provincia de Acatlán. A la izquierda, en primer término, una huta de paja. En el fondo, un bosque de los trópicos. Es Martes de Carnestolendas.

Cortés está en el interior de la choza con el Capitán Gonzalo de Sandoval y el veterano Bernal Díaz del Castillo.

Don Hernando parece caviloso. Gonzalo de Sandoval es bien proporcionado y membrudo, tiene la barba y el cabello crespos y castaños. Bernal Díaz es de buen talle y airoso, cabeza erguida y bien encajada en anchas espaldas; frente vasta y abovedada, donde guardó frescos hasta su vejez, en que los escribió, los episodios de la Conquista. Los tres están extenuados y llevan las barbas crecidas, los arreos descuidados.

CORTES

¿Qué ocurrirá a esta sazón en Temichtitán?

BERNAL DIAZ

A estas fechas nos tendrán por muertos y habrán dicho misas por el descanso de nuestras ánimas.

CORTES

Nunca me perdonaréis que os haya arrancado de vuestras tierras de Coatzacoalcos.

SANDOVAL

Yo he seguido siempre de buen grado a vuestra merced.

CORTES

Ya lo sé, hijo Sandoval. Como amigo eres la lealtad misma, y como soldado digno de ser coronel de ejércitos. ¿Y vuesa merced, Señor Bernal Díaz del Castillo?

BERNAL DIAZ

En verdad, ya mi cuerpo demandaba descanso; pero no podía hacer otra cosa que seguir al venturoso Capitán Don Hernando y a mi amigo Sandoval.

CORTES

Entonces, ¿vuesa merced vino por obediencia?

BERNAL DIAZ

Por obediencia, sí, que ningún Capitán como vuesa merced fue obedecido con tanto acato; pero también por esa hambre de aventuras, por ese deseo de ver tierras nuevas que nos aguijonea a los castellanos. Si Dios es servido y no muero de una de esas rociadas de flechas que nos disparan los indios, yo emplearé los vagares de mi vejez en escribir la Verdadera Historia de la Conquista de la Nueva España sin torcer ni a una ni a otra parte, que la verdad es pura y santa.

CORTES

Yo he escrito para Su Majestad Don Carlos unas Cartas de Relación, donde le doy cuenta de lo que he hecho en la Nueva España del Mar Océano.

BERNAL DIAZ

Yo escribiré mi historia para la posteridad,

contando lo que hemos hecho todos los conquistadores.

CORTES

Pues viene a cuento, decidme, tú, hijo Sandoval, y vuesa merced, Señor Bernal Díaz del Castillo, ¿cuáles de nuestras hazañas serán más alabadas?

SANDOVAL

Supera a todas la de la destrucción de las naves.

BERNAL DIAZ

Por su audacia, yo pongo en primer término la de la prisión de Montezuma, considerando que era un rey muy poderoso, que estaba en su capital y que nosotros no éramos sino cuatrocientos.

SANDOVAL

Como hecho de armas siempre será admirada la sorpresa al Campamento de Narváez, pues con armas iguales vencimos a un enemigo cuatro veces más fuerte.

CORTES

Tú, hijo Sandoval, fuiste el héroe de esa jornada, porque cumpliste con tu misión de Alguacil Mayor, de prender a Narváez.

BERNAL DIAZ

Yo estimo en más la victoria de Otumba, cuando salíamos de Temichtitán desbaratados por los mexicanos. Como si hubiera sido ayer, miro a vuesa merced seguido de Gonzalo de Sandoval, Cristóbal de Olid, Gonzalo Domínguez y Juan de Salamanca rompiendo por en medio de los escuadrones enemigos, derribar vuesa merced al general mexicano, asestarle un bote de lanza Juan de Salamanca, huir desconcertados los contrarios y quedar nosotros dueños del campo.

SANDOVAL

¿De todo eso hablará en su historia vuesa merced, señor Bernal Díaz del Castillo?

BERNAL DÍAZ

Hablaré de todo. Del sol de oro, tamaño como una rueda de carreta que con otros presen-

tes nos envió Montezuma con sus embajadores. De que curábamos nuestras heridas con unto de indio. De la grima y tristeza que se me ponen en el corazón antes de entrar en las batallas. De Temichtitán, que se nos antojaba como esas cosas de encantamiento que se leen en los libros de Amadís. De la munificencia de Montezuma. Haré mención hasta de los caballos que trajimos de Cuba: del caballo zaino de vuesa merced, Don Hernando, y del caballo castaño de vuesa merced, llamado el "Motilla" porque tenía un lucero en la frente, don Gonzalo. Relataré todo, sembrando doquiera detalles que le presten a mi relación el color de la vida. Por ejemplo:

Dirigiéndose a Cortés.

Contando que a vuesa merced se le hincha una vena en la frente y otra en el cuello cuando se enoja, y que vuesa merced,

A Gonzalo de Sandoval.

tiene el pelo y la barba crespos y acastañados.

Cortés y Sandoval ríen.

Nada dejaré en el tintero, y por tanto, referiré esta malhadada expedición en que, con el fin de castigar a Cristóbal de Olid, pasamos trabajos de los que no hay memoria en las biografías de los más famosos capitanes.

CORTES

Cuando os invité a venir, todo indicaba que íbamos a emprender un viaje de recreo, porque yo me apercibí hasta donde alcanzan la previsión humana y los bienes de la fortuna. Me proveí de los jeroglíficos de Montezuma donde está descrito su imperio, que se prolonga hasta Cuautemala. Los Señores de Tabasco y de Jicalanco me dibujaron nuestro derrotero hasta Nicaragua. Me procuré un compás y un piloto para seguir mejor nuestra ruta. Traje clérigos, mayordomo, maestresala, botillero, repostero, vajillas de oro y de plata, camarero, cirujano, pajes, mozos de espuela, halconeros, chirimías y sacabuches y dulzainas y un volteador y otro que juega de manos y hace títeres, y caballerizo y acemileros y una gran manada de puercos que comer en el camino.

SANDOVAL

Breves fuéron esas delicias. Volatineros y

maestresala murieron en el camino, y bastante murmuran los soldados por lo de los cerdos.

BERNAL DIAZ

La tropa pide maíz, que no música.

CORTES

Afanes y contratiempos sólo han servido para mostrar el temple del alma castellana. Esos puentes de medio cuarto de legua puestos sobre caudalosos ríos, hablarán largo tiempo de nuestro paso. Las cortezas de los árboles conservarán durante siglos las cruces e inscripciones que habéis entallado en ellas con vuestras finas dagas de Toledo. Más duraderos que las lápidas, los troncos de las ceibas guardarán esta leyenda: "Por aquí pasó Cortés." "Por aquí pasó Cortés." Nada más que por haberlas superado, ¿no os regocijáis de haber encontrado estas dificultades? ¿No contará también vuestra merced estas hazañas, Señor Bernal Díaz del Castillo? ¿El vadear ríos poblados de aligatores; el atravesar lamedales con el barro hasta las cinchas de los caballos; el marchar sobre piedras agudas como navajas; el abrirnos tránsito con nuestras espadas al través de espesu-

ras donde antes sólo habían discurrido las aves, los tapires y las serpientes?

SANDOVAL

Todo por ir a someter a Cristóbal de Olid.

CORTES

Este fue uno de mis propósitos, pero no el único, aunque mucho me importa. Porque si Olid queda sin castigo, se atreverían a levantarse con otras armadas los capitanes que he de enviar a nuevas conquistas. ¿Recordáis la extensión del Imperio de Montezuma? Tanto como dos veces nuestra Castilla. Yo he ensanchado sus límites hasta Pánuco y Michoacán; lo extenderé hasta Quiviria y Terranova, y sojuzgaré pueblos de modo que Su Majestad Don Carlos sea en estas tierras Señor de más reinos de los que hasta hoy se tiene noticia. Yo había oído de prodigiosas riquezas en las Hibueras, y además, mi objeto es el descubrimiento del paso que une el Atlántico y el Mar del Sur; el estrecho que es la cosa en el mundo que más quiero topar; la ruta que no encontró Colón. ¿Sabéis lo que esto significa? El paso a las Indias, el apercebimiento de una inmensa arma-

da que nos será fácil aparejar con las riquezas de la Nueva España del Mar Océano, y la conquista de esos lejanos países, ricos en sándalo y canela y almizcle y alcanfor y oro y marfil y sedas y perlas.

BERNAL DIAZ

¡Qué bellas cosas para ser escritas!

SANDOVAL

¡Qué hermoso sueño!

CORTES

Sueño que depende de nosotros que se convierta en realidad. ¿No os parece un sueño la conquista de Temichtitán? Vosotros sois soldados y no entendéis sino de ser valientes y de dar cuchilladas. Vosotros tasáis los hechos conforme al arancel de la vida normal y yo según las circunstancias. La prisión de Montezuma fue un acto político, porque además de servirnos de rehenes nos ayudaba a sojuzgar más aún las tierras que a él eran súbditas. Un acto político fue también el haber traído a Guatemuz. Él es prenda de nuestra seguridad en el camino y

garantía de que no se subleven en Temichtitán los mexicanos. Estamos débiles, perdidos en medio de estas florestas. Si los mexicanos se lo proponen, nos matarán sin remedio.

SANDOVAL

Allá se aparece Guatemuz.

CORTES

Marcha apoyándose en dos de sus deudos, como solía Montezuma.

BERNAL DIAZ

Montezuma no estaba lisiado y caminaba sobre esteras, que cuando pasaba desplegaban sus vasallos.

SANDOVAL

Vienèn conversando muy alegres.

CORTES

Demasiado alegres.

72

BERNAL DIAZ

Acaso porque es Martes de Carnestolendas

CORTES

Quizá porque celebran de antemano nuestra muerte.

SANDOVAL

Quite vuesa merced. Apenas pueden tenerse en pie.

CORTES

Son diez por cada uno de nosotros.

BERNAL DIAZ

Era mayor la desproporción cuando conquistamos Temichtitán.

CORTES

El Imperio no está todavía completamente sojuzgado, y siempre será un peligro que vivan sus señores naturales.

73

SANDOVAL

La sombra de Guatemuz le robará el sueño
a vuesa merced.

CORTES

“Adelante mi sobrino
Y no creáis en agüeros.”

Salen.

*Aparece Cuauhtemoc
apoyándose en los bra-
zos de Coanacot y Te-
tlepanquetzal, pues que-
dó baldado a consecuen-
cia del tormento. Los
sigue el Cihuacoatl. To-
dos se sientan al raso
en unos troncos de ár-
bol. Están transidos y
trasejados. Cuauhtemoc
rompe el silencio.*

CUAUHTEMOC

Después de dar cima a nuestras conquistas,
recogeremos mucho botín y ganaremos mucha
gloria.

COANACOT

Como Señor de Tezcoco, reino que ahora pri-
va, a mí me señalarás una gran porción.

TETLEPANQUETZAL

Puesto que todo está subvertido, a mí me
asignarás la mayor parte, no el quinto que me
corresponde conforme a nuestros pactos.

CUAUHTEMOC

Pronto seré muy poderoso, grande el número
de mis provincias, sin cuento mis vasallos. Ya
hemos obtenido muchos triunfos y no estamos
sino en el comienzo. Pedid aliados. Tú también,
Cihuacoatl, ¿quieres ser Emperador de estas tie-
rras?

TETLEPANQUETZAL

Señor, ya que eres tan gran rey, y hoy estás
por galardonear a tus aliados, voy a demandar-
te una gran merced.

CUAUHTEMOC

Pide. ¿Quieres la tercera parte de mis domi-
nios?

TETLEPANQUETZAL

Dame una tortilla. Hace muchos días que no me regalo con esa delicadísima vianda.

COANACOT

A mí, Señor, supuesto que tu generosidad no tiene límites, hazme merced de un pez asado o mejor de una pierna de gallina.

CUAUHTEMOC

¡Golosos! ¡Gastrónomos! ¡No os habéis deleitado saboreando las hierbas del camino? ¡No os ha satisfecho el agua de los cien ríos que hemos vadeado? ¡No gracias al amor de nuestros súbditos, nos dispensamos la gollería de algunos granos robados a los caballos de los teules?

CIHUACOATL

No comprendo cómo tenéis humor para chancearos así en medio de las desventuras que pasamos, destinados a morir de hambre en estas soledades, cautivos y lejos de nuestra patria. ¡Cielo de turquesa de Tenochtitlán! ¡Cimas nevadas del Popocatepetl y del Iztacihuatl! ¡Espejo de la laguna! ¡Rosas de nuestros jardines!

¡Brazos de nuestras mujeres para nosotros más preciadas que el oro y las esmeraldas! ¡Os perdimos para siempre, para siempre!

Los prisioneros callan, presas de un dolor sin consuelo.

CUAUHTEMOC

Cihuacoatl, no traigas memorias que atraviesan el corazón como flechas agudas, ni des vado a tristezas que se agolpan a los ojos en borullones de hiel. Mi destino nada me importa, lo sufro como rey; pero me atormenta la suerte de mis vasallos. Por infundirles ánimo a esos miserables, que día a día mueren de hambre o de fatiga, finjo este contento.

CIHUACOATL

Tú eres el que más sufres, porque sufres por ti y por nosotros. Olvida las palabras con que quise desahogar mi tristeza.

Rompe en sollozos. Coanacot y Tettlepanquetzal sollozan también. Cuauhtemoc per-

*manece impasible; pero
en su semblante se lee
la amargura de un águila
herida y prisionera.
Junto a la cabaña apa-
recen hasta diez esbi-
rros de Cortés avanzan-
do con mucho sigilo.*

UN SOLDADO

A mí me da lástima el Rey Indio. Es tan noble, tan generoso....

OTRO SOLDADO

Yo obedezco contra mi voluntad las órdenes de Don Hernando.

OTRO SOLDADO

Yo no. Nunca le he perdonado lo del tesoro. Porque ese tesoro existe, y nos lo oculta por vengativo.

*Enderezan sus pasos
hacia el grupo de pri-
sioneros.*

UN SOLDADO

De orden del Capitán, dáos presos.

CUAUHTEMOC

¿No lo estamos desde la caída de Temichtitán?

UN SOLDADO

Estáis condenados a muerte por conspiradores.

CUAUHTEMOC

Este hombre está loco o ebrio.

UN SOLDADO

Es inútil que te defiendas, Guatemuz.

CUAUHTEMOC

No me defiendo, digo que es falso. ¿Qué es para mí la vida? Una ignominia desde que depuse las armas con que defendí a mi patria. ¡Ah, Malinche! ¿Por qué no me partiste el corazón con tu puñal como te lo pedí cuando me llevaron prisionero ante tu presencia?

COANACOT

¡Qué cruel es el Malinche!

TETLEPANQUETZAL

¡Qué infame es el Malinche!

UN SOLDADO

Basta de murmurar.

Prende a Cuauhtemoc.

CIHUACOATL

Vas a morir por haberte atrevido a poner las manos sobre mi Rey.

Trata de abalanzarse sobre el soldado. Otros soldados lo maniatan, así como a los demás cautivos.

Cuadro II

Media noche. La luz de la luna se tamiza trabajosamente al través de las ramas tupidas. El bosque está preñado de misterios. Se oyen las sutiles estridulaciones de los grillos y rumores desconocidos en la maleza. De raro en raro ayea los buhos. De las altas y copudas ceibas cuelgan tres cadáveres suspendidos por los pies.

Se acercan bultos confusos, recatándose detrás de los troncos de los árboles.

UN INDIO

Murió nuestro Señor Cuauhtemoc.

OTRO INDIO

Murió nuestro Señor Tettlepanquetzal.

OTRO INDIO

Murió el Cihuacoatl.

OTRO INDIO

El señor Ixtlixóehitl, que es amigo de los teules, salvó a su hermano el Señor Coanacot cortando la cuerda de donde colgaba el moribundo.

OTRO INDIO

Nosotros no podemos hacer lo mismo con los cadáveres de nuestros señores, porque nos matarían los castellanos.

OTRO INDIO

Si esta ha sido la suerte de nuestros señores, ¿cuál será la nuestra?

OTRO INDIO

Son muy despiadados los teules.

OTRO INDIO

Tienen la piel blanca, pero sus entrañas son negras.

OTRO INDIO

Han destruído nuestras casas.

OTRO INDIO

Nos han despojado de nuestras tierras.

OTRO INDIO

Nos han quitado a nuestras mujeres.

OTRO INDIO

Han derrocado a nuestros dioses.

OTRO INDIO

Nos han marcado la cara con el hierro de los esclavos.

OTRO INDIO

Nos condenan a morir despedazados por sus perros.

OTRO INDIO

¡Desventurados de nuestros reyes!

CAPILLA ALFONSINA

U. A. N. L.

Esta publicación deberá ser devuelta
antes de la última fecha abajo indi-
cada.

32718

M862.62

R 292 a

FL

PQ7297

.R314

A37

113614

AUTOR

REBOLLEDO, Efrén

TITULO

El águila que cae: tragedia

FL



PQ7
.R3
A37